



EL RAPTO DEL LENGUAJE. APROPIACIÓN Y AUTORITARISMO EXCLUYENTE EN LA FILOSOFÍA UNIVERSITARIA

ANA MARÍA MARTÍNEZ DE LA ESCALERA

El siglo xx vivió una explosión del pensamiento sobre el lenguaje que dejaría huellas en la docencia en humanidades y, en particular, sobre la enseñanza de la filosofía en la Universidad.¹ En la UNAM, en específico, se sucedieron rápidamente hermenéuticas, teorías de la interpretación, genealogía, arqueología, deconstrucción, teoría crítica e historia de conceptos, por citar sólo unas pocas contribuciones a una reflexión que no se limitaba a incluirse en una tradición hegemónica, sino que abría nuevos caminos a la discusión; contribuciones que insistían en no separar la estructura semántica de la lengua de la pragmática de sus usos por el discurso hablado o escrito, y volvían sobre la importancia de interrogar lo que el discurso lleva a cabo, más allá de la oposición metafísica, o de sentido común, entre forma y contenido. A la par de todas ellas se iría consolidando institucionalmente una filosofía del lenguaje de corte analítico, como testimonia el plan de estudios de la licenciatura en filosofía y los programas correspondientes al área de filosofía del lenguaje en la Facultad de Filosofía y Letras, así como en el posgrado.

Esta filosofía se definió a sí misma excluyendo de sí aquello que consideraba no pertinente. Esta atribución, es decir,

¹ Michel Foucault traza una convincente genealogía de ello en *Las palabras y las cosas*. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1968. Para consultar el plan de estudios de filosofía ir a Universidad Nacional Autónoma de México, Planes de estudio [en línea], México, UNAM, última actualización, 2 de marzo de 1998 <<https://go.gl/y2058W>>.

decidir lo que es y lo que no es filosofía del lenguaje, junto con su éxito universitario, marginó otros acercamientos o tratamientos del lenguaje en la filosofía del último siglo. El "éxito" institucionalizado o de institucionalización debe ser explicado: es un éxito político, no epistemológico, o si se prefiere, es producto de una política de la filosofía que, definiendo campos de problemas o bien tópicos, reduce la discrepancia a inutilidad. Por tanto, debe hacerse una crítica que muestre cómo, es decir, mediante qué operaciones prácticas llegó a adquirir tal fuerza y desbancó de la academia, de nuestra academia sobre todo, otras modalidades de interrogación y pensamiento sobre el lenguaje a las que equiparó con la ausencia de rigor o seriedad, expresada por ejemplo en el ensayo e incluso en la literatura filosófica. Afortunadamente, Nietzsche parece haberse adelantado a estos lamentables tiempos y en su libro *La gaya ciencia* desenmascaró la pretendida seriedad y rigor, mostrándolas como ejercicio autoritario y contrario a "las virtudes del verdadero acto de la lectura".² Virtudes que Michel Foucault, un siglo después, en su ensayo *¿Qué es la crítica?* asociaba a la práctica de la crítica y su fuerza desujetante y propositiva.³ Fijémonos que se trata, en el primer caso, de un libro de aforismos; en el segundo, de un radiante ensayo que la academia filosófica de tradición analítica considera, por el contrario, excluido de la filosofía. Recuérdense que Adorno en "El ensayo como forma" y en "La actualidad de la filosofía", aseguraba que, en tiempos aciagos como los suyos, el ensayo es precisamente la forma de conjuntar investigación y exposición del discurrir filosófico que urge hacer público y compartido entre los lectores, considerados como debatientes amistosos.⁴

² Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*, Barcelona, José J. de Olañeta, Editor, 1984, p. 246.

³ Michel Foucault, *¿Qué es la crítica?* [en línea], trad. Javier de la Higuera <<https://goo.gl/RPirwX>>.

⁴ Theodor W. Adorno, "El ensayo como forma", en *Notas de literatura*, Barcelona, Ariel, 1962; "La actualidad de la filosofía", en *La actualidad de la filosofía*, Barcelona, Paidós, 1991. Una precisión resulta necesaria, la noción de comunidad de

Dicho lo cual, habremos de comenzar estas muy breves anotaciones ubicando a la noción de lenguaje más como un problema a desplegar que como tópico o tema consensuado y expurgado de interrogantes, asombros, tensiones y pasiones críticas. Podrá parecer paradójico sostener lo siguiente, pero en ello reside nuestra primera consideración crítica y propositiva: pensamos en el lenguaje toda vez que lo interrogamos, y a la vez, parecería que es el lenguaje mismo el que dirige dicha interrogación. Salta aquí el más puro sentido común para interpelarnos:

—Entonces, ¿en qué quedamos?Cuál de las dos entidades es primero, ¿el pensamiento o el lenguaje?

—Ninguno de los dos; y ambos a la vez.

Un primer reparo a la pregunta: no se trata con entidades sino con actividades constituyentes de sentido, estructuradas si se prefiere y, a la vez, diferenciales; despliegues del decir y del hacer. Si entendemos el acto o, más bien, la actividad de pensar respecto a la lengua como quehacer de la llamada filosofía del lenguaje, no cabe duda que una enunciación regida por la lengua, cifrada en la palabra como elemento semántico unitario, presta su estructura al pensamiento que se conduce por palabras, base de los conceptos. No pensamos a través de ella como si el pensamiento echara mano del lenguaje como mero instrumento de transmisión. Se piensa, por cierto, con los recursos de una lengua en particular y sin dudar de la relación de traducción que ella sostiene con otras, por ejemplo las clásicas, griego y latín, y las lenguas modernas que se han apropiado de la práctica de la filosofía occidental. Es justamente la apropiación lo que ahora nos interesa. Pero antes terminemos

debate y de debatientes amistosos no es adorniana, sino producto del trabajo del seminario de Alteridad y Exclusiones. Martínez de la Escalera y Lindig Cisneros, *Alteridad y exclusiones. Vocabulario para el debate social y político*, México, FFyL-UNAM, Juan Pablos-UNAM, 2013.

el reparo crítico iniciado. Walter Benjamin, en su ensayo *Sobre el lenguaje en general y El lenguaje de los hombres*,⁵ se desplazó de la dificultad que presentaba la oposición lengua/pensamiento al argumentar que aun suponiendo que fuese posible pensar antes y fuera del lenguaje —exterioridad entre pensamiento y lengua—, y agregaríamos que aun suponiendo que se pudiera probar esa exterioridad y anterioridad mediante una prueba contundente y consensuada, lo cierto es que para describir esa condición de exterioridad usaríamos los recursos de la lengua así como para la prueba usaríamos los recursos de la retórica, a la que debemos la sistematización de la probabilidad. Las lenguas actúan entonces como la estructura del pensar, su regulación, su normatividad y su normalización discursivas, de la que, por cierto, depende la claridad de las ideas y de lo pensado. Sin embargo, el pensamiento entendido como actividad puede contradecir esa regulación, puede ponerla en entredicho; actuará a la manera de una fuerza crítica dirigida al sentido común que se instaura en el uso de la lengua.

Decíamos algunas líneas atrás que las lenguas modernas se han apropiado, sobre el griego y el latín, del ejercicio del discurso filosófico otorgando una historia semántica y un valor sintáctico (la importancia del verbo ser para la metafísica y la ontología que depende de confundir “el perro café” con “el perro existe y es verdadero”). Estas lenguas han conseguido imponer una semántica y una pragmática de los conceptos restringida al ámbito nacional, al mismo tiempo colonial y global, a través de universalizar y naturalizar determinadas tradiciones, escuelas, autores y escritos. Esta modalidad colonial de la apropiación es sin duda un ejercicio del poder efectuado por las academias y las universidades, es decir, por sus planes de estudio y programas. Estas pocas lenguas nacionales modernas como el inglés, en el caso específico de la filosofía del lenguaje, han parecido entonces idóneas, adecuadas sistémicamen-

⁵ Walter Benjamin, *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*, Caracas, Monte Ávila, 1970, pp. 139-154.

te al pensamiento, excluyendo, por supuesto, otras lenguas consideradas generadoras de "opinión" mediante ensayos, como el español. Así, el español debe excluir lo que la semántica y pragmática de su ejercicio le impone, casi como vocación, para el pensar. Hacer filosofía del lenguaje es, en la UNAM, hacerla en inglés sin que, contradictoriamente, se ponga atención sobre la manera como las lenguas en la que se practica (inglés y alemán, sobre todo) han conducido ese filosofar y le han puesto límites (poderes e influencias sobre el discurso y su efecto de verdad). La apropiación del campo de la filosofía del lenguaje es una práctica abusiva, generalizada en la institucionalización universitaria de la filosofía que además no conoce su propia arqueología, su sistema enunciativo. La apropiación implica necesariamente la exclusión de lenguas, modalidades de argumentación y la condena permanente, en nombre de un límite previsto y calculado, reglamentado (normado y normalizado) de la filosofía, a permanecer en los márgenes de ésta, mirando a hurtadillas por un portón académico que jamás se abrirá para aquellos que no practiquen la filosofía como es debido, es decir, siguiendo un orden del discurso impuesto mediante una política de la filosofía realizada en programas y planes de estudio, en protocolos de titulación y que se apropia también de la publicación y sus protocolos, reduciendo el pensamiento a modalidades de presentación o exposición excluyentes. La apropiación es una lucha contra la diversidad y la proliferación diferencial de los discursos filosóficos sobre la lengua. Este ejercicio restrictivo, en constante batalla contra los otros discursos a los que condena al "afuera" de la filosofía, constituye a la filosofía en la universidad en nuestros días y resulta imprescindible que entendamos cómo, o sea mediante qué tipo de procedimientos, establece y reproduce relaciones de poder en la producción de los saberes. Por ejemplo, la pareja unilateral y jerárquica autor/lector individual, con la exclusión como que hacer filosófico de la lectura o escucha colectivas. Acto de lectura y escucha por el que se facilita la

comunidad crítica y de proposición.

Debe decirse que en cierto sentido la lengua resiste esta teorización llamada filosofía del lenguaje. Mientras la filosofía del lenguaje aspira a una formalización que la llevaría antes y más allá del lenguaje y su propensión a la ambigüedad y a la imposibilidad de garantizar que lo dicho "diga" algo más que su pura fuerza de decir (y esto equivale a la comunicación, significación, referencialidad, etc.), la lengua viva, ejercitada, está en fuga permanente de los límites de la inteligibilidad autónoma, de la mente o el cerebro como máquinas sin lengua.

Este escrito se ha propuesto hacer un uso particularmente crítico del vocabulario de pensadores sobre el lenguaje que permiten esclarecer la situación de apropiación de la filosofía del lenguaje hegemónica arriba descrita. Nietzsche, por supuesto, mediante su contribución a la genealogía de la filosofía; Michael Foucault, con su orden del discurso, y Jacques Derrida. Este último planteó la figura de la apropiación de forma tal que nos ayuda a entender que la filosofía del lenguaje es un efecto (en el estatus epistemológico y en el valor académico) de profesionalización universitaria del saber que debe ser resistido mediante una continua ex/a/propiación del discurso, sus figuras, sus formas de problematizar, sus "efectos de verdad" y sus "efectos de historia" (Roland Barthes) a través de los cuales la filosofía del lenguaje de corte analítico excluye cualquier otra manera de practicar la filosofía que no comparta sus supuestos históricos, autores, formas de argumentación, etc. Resistencia cuyo propósito es el de ejercer una actividad crítica sin condición (Jacques Derrida), sin coyuntura y dispuesta a abrir la proposición de argumentos a los saberes de la gente sobre el lenguaje, para fomentar el libre debate y la proposición colectiva de ideas. Le he llamado comunidad de debate (Martínez de la Escalera y Erika Lindig) a este propósito que alentando en la filosofía universitaria nos aproxima a las necesidades críticas de movimientos y activismo social en

busca de lo por venir. Pensamiento otro que, cuestionando las relaciones sociales de dominio, pone en acción relaciones entre debatientes no autoritarias. Más que un contenido de verdad, se busca por la actividad de estas comunidades de debate poner en marcha relaciones entre comunidades de hablantes solidarias, frente a un marco de relaciones de subyugación y dominación.

Contra las modalidades de apropiación/expropiación, el trabajo de muchos autores que han mostrado el carácter problemático del lenguaje como una suerte de fuerza que escapa a taxonomías, categorizaciones y formalizaciones señala un camino que debe seguirse, al menos, para impugnar la apropiación de la lengua como objeto analítico exclusivo. Propugnar por otros espacios de atención al lenguaje, desde otras perspectivas resulta indispensable. Me parece que hay que insistir en que la filosofía del lenguaje de corte analítico, por ejemplo, es, más allá de su dimensión locutiva, un artefacto cultural que debe estudiarse interrogando su estatus tanto como su valor político (excluyente) y su operatividad institucional.